

EL VAPOR Y LA PÓLVORA

Guillem Carbonell

Relato ganador en el concurso Steampunk Valencia IV SteamFantasy, 2019

Las olas mecen sus brazos. El tronco marchito ejerce de lastre. Todavía le veo las puntas de los pies, vestidos con ridículos zapatos, bailando a merced de la marea. Los restos de Labruixa van y vienen danzando con La Muerte. El mar no ha querido tragarlo, y el cadáver zozobra semisoterrado por espuma turbia. Su piel lampiña, cubierta de agua, se venga del destino devolviéndonos el color del cielo de cobre.

—A veces se gana, a veces se pierde.

La voz de Antolí me llega de lejos.

Todo comenzó con un mago borracho. Era tres de febrero. Los porteros de El Drac lo sacaron a horcajadas mientras se lamentaba. Llorenç Llambert era una celebridad, pero yo me lo encontré lloriqueando de vuelta a casa. Tuve que seguirle hasta un callejón, y allí se echó sobre un montón de paja a la vera de un establo.

—Quizás no sea el momento —le dije.

—Pero los muchachos como tú no tienen muchas oportunidades de molestar a los tipos como yo, ¿cierto?

—¿Necesita ayuda?

Me miró como buscando misericordia, febril y trastornado. Vi sus pupilas tiernas brillar con la luna de Valencia. Estaba llorando.

Metió la mano en el bolsón que portaba, confundido entre su túnica, y de aquel extrajo una empuñadura que precedió a un percutor al que siguió un tambor adherido a un cañón

dibujando un revólver. Aterido, se me pegaron los pies al suelo y sentí que el arma me controlaba.

—Un poder simbólico, ¿verdad? Cuesta imaginar los caminos de la pólvora.

Musité sin decir nada. El anciano eructó, como confirmando.

—Tengo una hija, Joven. Tengo una hija que desconoce tu nombre. Por no saber, no sabe ni el mío, y sin embargo... He hecho tanto por ella... Tanto...

Rompió a llorar, un quejido espantoso. Bajo los brazos lánguidos y con ellos el arma. Dentro de las botas mis dedillos consiguieron liberarse, y la suela poco a poco se despegó del suelo.

—¿Hasta cuándo, pertinaz, puede un hechicero sostener una mentira?

—¿Qué mentira? —me salió. Grité más de la cuenta y alguien nos chistó desde un balcón de la barriada del Carmen.

—La de que soy un buen padre, la de que soy un buen padre.

Le vi todos los dientes recibir el cañón, atravesando sus labios rumbo a la campanilla. Un sonido gutural, un chasquido, y la explosión inundó la noche silente. Sus ropajes cayeron y no quedó más que eso. Cuando quise darme cuenta, la tela ensombrecida se había transformado en paja.

Alguien preguntando desde otros rincones. Pasos agitados por la Calle Alta. Y el brillo de un arma, un arma entre un pajar, invitándome con descaro a digerir el trauma.

Me despertaron la resaca y el tañido de un campanario en domingo. Frente al espejo mi rostro parecía el de un estafermo; los iris clavados en la nada.

—¡Se ha vuelto a romper la caldera! —gritaba Vicent desde el quinto. Lo escuchaba apenarse con el agua gélida tensándome la espalda. El opio temprano surtía su efecto.

Me disponía a salir cuando el tubo neumático trajo un nuevo cilindro.

—¡Es para ti, Jonás! —gritó Vicent desde el ático.

—No me digas... —musité.

—¿En domingo? —se preguntaban las devotas vecinas que preferían el patio de luces a la misa o el bingo.

Abrí la portezuela y extraje un canuto encerrado en un cilindro de vidrio rematado con gomas. La nota decía: «MARSHALL WINDMILL ACEPTA. LUNES A LAS ONCE Y MEDIA. TRAIGA SU PROPIA LIBRETA».

Miré la repisa de la chimenea. El revólver estaba allí.

—*Oh, Dear, what a fucking piece of shit your country is!*¹

El lord británico recorría el camarote enfurecido. Su acento burgués me quemaba en las entrañas. Ególatra y victimista, el hijo pródigo de la Gran Inglaterra parecía el Diablo parodiando a la Reina Madre, con su traje blanco de estilo colonial y un fedora entre lo cómico y lo antiestético.

Nos sacudimos las manos con mutuo desprecio. Él se sirvió más brandy ignorando ofrecerme.

—Gracias por esta oportunidad, Señor Windmill.

—Tome asiento, ¡hágame el favor!

Reescribir sus alaridos sería mejor que no tener entrevista. Volvería a la redacción con un puñado de insultos capaces de vender humo. Marjal me daba por perdido.

—Si le parece, podemos empezar...

—Lo he dado todo por esta ciudad. ¡Anote eso! Me he roto el cráneo a cambio de sus tratos leoninos. *Arseholes*² con arroz y naranjas.

—¿Quiere decir que aquí lo hacemos distinto? —y me clavó los ojos altivo.

»Quiero decir, que ustedes entienden los negocios de otra forma.

—Oh, quiero decir que aquí no puedo hacer nada, ¿no lo ves? Dos años de mi vida que me han costado diez de paciencia.

—¿Sería tan amable de ahondar en su respuesta?

El hombre se echó sobre un asiento en su barco, mecido por las olas flojas del puerto. En cubierta los marinos trajinaban con válvulas y vapor. Lo que a él le serenaba a mí me daba náuseas.

¹ Trad. Inglés: Oh, Cariño, ¡menudo pedazo de mierda, su país!

² Trad. Inglés: Tontos del culo.

—Me voy a marchar, Alfeñiz. Por eso le he llamado. Aquí tiene su exclusiva. *Stab me, as you please*³.

—Pero entonces, ¿qué pasará con su proyecto de reindustrialización de La Punta, con el Sindicato del Capital, con la desaladora, etcétera?

—Lo mismo que con sus panfletos en La Gaceta. *I'll wipe my ass*⁴, ¿entiende?

—Con todo mi respeto, Señor Windmill: a tenor de las crónicas, me está costando reconocerle.

El viejo profirió una carcajada.

—¿Cuándo se ha molestado usted en entenderme? No ha hecho más que repetir como un papagayo las mentiras de su jefe. Y hay una diferencia entre ustedes y yo.

—¿Sería tan amable...?

—Ustedes juegan libres; yo juego limpio. Haga el favor de reflejarlo en su artículo. Aquí no se hacen negocios sin pasar por el aro.

—Sabe a quiénes votamos.

—Lo único que espero es que terminen dándose cuenta de lo que están haciendo.

—¿Qué se supone que estamos haciendo?

—Pregúntele al concejal del Jolgorio, pregúntele por qué la Windmill Corporation no puede ser parte de la Fiesta del Fuego.

Y apuró su vaso antes de servirse más.

—Brandy o coca, La Reina escoja —me ofreció.

Tardé otra semana en convencer a Diocles Líbero para que me diese audiencia. Pasé aquellos días siguiendo las crónicas del Diari Taronja que dejaban en la sala de espera del hospital Malva Rosa. Mi colega La Bruixa había tenido más suerte persiguiendo el nepotismo del concejal de Bienestar Gremial. Los herreros humanos le habían vuelto a ganar la partida a los enanos normandos. Las familias De'Trondheim, De'Thor y De'Loki no podrían reponer su plantilla debido a unos premeditados descuidos en el tratamiento de la infernal burocracia.

—Haga el favor de pasar —escuché a una secretaria.

³ Trad. Inglés: Apuñáleme a su gusto.

⁴ Trad. Inglés: Me limpiaré el culo.

Me recibió en el ayuntamiento el único italiano que ostentaba un cargo en España.

—¡Jesús, qué alegría!

—Jonás Alfenich, de La Gaceta. Encantado de conocerle.

—Relaja, fiero, que aquí estamos entre amigos. ¿Qué necesitas?

—Preparamos un especial sobre la Fiesta del Fuego.

—¡Maravilloso! He leído su crítica a los desmanes de Windmill.

—Era una crónica, me temo. ¿Tiene algo que decir sobre su marcha?

Su rostro se tornó hosco, y de un tarro cogió una seta que devoró ávido.

—Si quieres te puedes servir. Lo que no queremos es que se sirvan otros.

—Otros de fuera, ¿quiere decir?

Señaló todo su cuerpo con las manos lánguidas.

—No, por favor, hablo de otros intereses. Estamos encantados de que lleguen turistas.

Lo que detestamos es la injerencia extranjera.

—Me temo que no le entiendo, concejal.

—Windmill jamás ha valorado Valencia en nuestros términos. Para él esto es un árbol de dinero, no un vergel de cultura. Cultura son los Roig y sus haciendas, Ermengol y la pólvora, o las bandas de artistas que pueblan los barrios. Pero no el Capital, en mayúsculas. La Fiesta del Fuego no es su franquicia.

—Permítame hacer de abogado del Diablo aquí. Siempre hemos tenido patrocinadores.

El italiano se levantó y caminó hacia la ventana. En la calle, humanos y elfos paseaban tranquilos, haciendo la compra; el sol calentaba una plaza barroca con tiendas florales; las cafeterías servían horchata a la sombra.

—No todo vive en la superficie, querido. Los informes de inteligencia, de esos te habrá hablado el jefe.

—¿Lo de los rodentes?

—Lo de los ratoides, chaval. No se puede construir un Edén sobre las brasas.

—Prometieron sacarlos de las cloacas.

—¡Y no han aceptado la ayuda!

—Por eso Windmill se ha de ir.

—No, no, no has entendido nada. La pregunta es quién los financia. A quién conviene que Valencia sea una peste de ratas.

—Escapa a mi entendimiento.

—El Capital, Jonás. Para invertir conviene que las cosas sean baratas, y para que las cosas sean baratas conviene depreciarlas.

»¿Serás tan amable de añadir eso a la crónica? Pillamos a unas alimañas empleadas por Marshal Windmill intentando robar quince kilos de pólvora. ¿Qué opinas ahora?

Antes del fuego viene el agua. Cada año antes de marzo las calles se encharcan; riachuelos con olor a tierra fresca en busca de brasas que los vaporicen.

La cafetera silbaba cuando Antolí llamó a mi puerta. Sacudió el paraguas y puso perdido el piso antes de pasear sus botas húmedas por el parqué recién encerado.

—Para ser un elfo, le faltan maneras —le dije sirviéndome una infusión de granos arábigos.

—Para ser humano, es usted demasiado naíf.

—No recuerdo haberle invitado —espeté mientras se recostaba en mi diván.

—¿Hace cuánto que no se pasea una amante por este antro? ¿Quizás un *amanto*?

—Veo que estudió en los Salesianos. Malas formas y peor estilo.

—Es en el cuarto —escuché a Herminia. Cerré la puerta y me encaré con el sociópata, que no perdía el tiempo escrutando mi apartamento.

—Dígame qué quiere o márchese, haga el favor.

—Eso, —dijo señalando el tubo neumático—. Vengo por eso, y por aquello —y señaló un tanque de butano bajo mi encimera—. También por esto, que parece que no ha cambiado en años.

—Haga el favor de dejar la lamparilla donde estaba.

—Trabajo para Ermengol. Has querido verte con el Concejal del Jolgorio.

—Eso no es de su incumbencia.

—Yo diría que sí. Mi contratista financia casi todo el Jolg...

—No quiero espías.

Entornó los ojos maquillados. Se puso en pie y caminó hacia mí. Pude notar los talones chocarme con el relieve de la chimenea, e imaginé el revólver tras mi espalda bajo un sombrero de copa. Un giro súbito, y uno de los dos saldría de allí en una caja de madera.

—Decía un patán: cuídense quienes luchan contra monstruos de no convertirse en uno. No vaya a ser usted, sin saberlo, colaboracionista.

—¿Qué insinúa?

—Nuestra fábrica de Toledo casi arde la semana pasada, y todo lo que hace el italiano es mandar a las ratas al penal de Madrid porque ya no nos caben en Picassent. No se tú, pero hay quien empieza a demandar otra justicia.

—¿No se fía usted de la nuestra?

—¡No me fío yo de la Leyenda Negra! Me pagan para esquilmar colaboracionistas, Jonás. Me pagan para que gente como Windmill no acabe matándonos de miseria.

—Windmill no trabaja para Diocles.

Los dientes afilados del elfo brillaban como estrellas macilentas por efecto de la lámpara de gas.

—Claro que no, porque la gente nunca miente.

La Bruixa hablaba con la boca llena de fartons.

—No puedes comerte tres a la vez.

—Que fe fofan, fi no puedef fú es fulfa tufia⁵.

—Escucha. No me lo estoy inventando.

—Fo fi foc⁶.

—Labu, leí tu crónica el otro día. Todo muy correcto, pero aquí robaron pólvora.

Alguien prepara una guerra, o quizás *ya estamos en guerra*.

Tragó con prisa, empujando el bolo con la horchata granizada.

—Demasiado azúcar, como lo del mago. Querían revenderla, otros les acusaron de trabajar para *El British*, lo negaron... Rateros y políticos de siempre. Aquí cada cual tiene su agenda.

⁵ Aclaración: Que te jodan, si no puedes tú es culpa tuya.

⁶ Aclaración: del Valenciano, modismo, *no ni poc*: no ni poco, que sí se puede.

—Pero Llambert sigue desaparecido, ¿o no?

—Tú también ibas borracho.

—¡Tengo un revólver en casa!

—Claro, y lo mejor es pregonarlo. Lo mismo te lo encontraste, y el resto lo soñaste o te lo has imaginado. Imaginación con carácter retroactivo, tan propia de los humanos.

—No empecemos con eso, por favor.

—Oye, que creo en la amistad entre humanos y elfos. Lo que dudo es que sepáis distinguir entre realidad y sueño.

—Vente un día a la redacción. Te presento a Marjal. Trabajamos juntos en esto.

—¿En qué? No tienes pruebas, no tienes caso. No son más que disputas entre vejstorios y cortesanos.

—¿Es que no quieres hacer algo grande? Antolí, de Ermengol, promete financiarlo.

—Claro, con la marcha de Windmill ellos salen ganando.

—Eso dirán en Toledo...

La voz empastrada de un crío se filtró hasta el corazón de la cafetería. Un rumor espeso comenzó a permear el gentío.

—¡Extra, extra!

La turba de personas rodeó al chiquillo, privándonos de las vistas de la catedral. En cuestión de segundos comenzamos a oír monedas, y no tardaron los jubilados en escapar de la muchedumbre con periódicos entre las manos. Unos leían mientras otros les robaban el titular a vistazos.

—Invito yo, Jonás. Me ha encantado la película.

Emprendimos la marcha entre vivos vivientes, trashumantes ciudadanos que ignoraban todo menos sus papeles recién comprados.

La Gaceta y El Taronja se vendían indistintos. Sendas portadas decían lo mismo: «EL CONCEJAL DE BIENESTAR GREMIAL, ASESINADO».

Tadeo De'Krull, natal de las tierras de Bilbo, parecía un buen padre y un vecino integrado. Contaba el reportaje, apresurado, que el varón de cuarenta y tres años se había inmolado. Su atentado había frustrado la inauguración de la estación en Liria, dejando en el camino una edil moribunda y otros tantos convidados heridos. Los Roig estarían frotándose las manos, pensando en la reconstrucción de un portón neoclásico.

—¿Crees que es por tu reportaje?

La Bruixa no apartó los ojos de las páginas.

—La verdad no mata. Matan las personas.

Skultz el reptiliano firmaba una viñeta anexa, que a falta de fotografías pretendía recrear la escena. Una muchedumbre de burgueses era pasto de un violento estallido. La deflagración convertía en pulpa una cámara de placas. Por doquier volaban los trozos de un enano; sus miembros cercenados como las piezas de un puzle. En el punto de fuga, el eje de la deflagración, el dibujante había sustituido el vacío flamígero por un interrogante. El pie de la caricatura citaba: «MIL PIEZAS, DISPONIBLE EN CAJA DE MADERA, PARA TODAS LAS EDADES (Y TODOS LOS CONCEJALES)».

—¿Quién, qué, por qué? —cavilé—. El garabato no tiene sentido. Y decía Cajal del cerebro límbico... Marjal andará caliente con la demanda que se le viene por injurias.

Los labios de La Bruixa me devolvieron una pícara sonrisa.

—Antes te he dicho que invito yo.

Aquella misma noche tomamos el último tranvía en dirección al Condado de Godella. El corazón me latía al ritmo de los ejes de la caldera, y aunque se hiciese el duro sé que Labruixa sentía lo mismo.

—A mí el traqueteo me relaja.

Pasé todo el viaje siguiendo con la vista los tubos de vacío; trajinaban correos junto a las vías del metropolitano. Parecían serpientes cobrizas, finas hebras hechas de cañería comunicando la urbe con el extrarradio. Alguna de aquellas maromas metálicas llevaría hasta Ca d'Arques, morada del ya difunto Antoni Pelambrea, ex Concejal de Bienestar Gremial.

Salimos del vagón entre brumas de vapor helado, nubes condensándose que nos atiborraban la ropa de gotillas. Y así marchamos a tuestas por la periferia, guarecidos por la discreción de una pedanía desierta. Anchas las capas de cuero, embozados en sombreros de ala, paseamos hasta el destino como testigos mudos de turbias perversiones; intenciones que dejaban en evidencia nuestra voluntad por allanar moradas:

—Ponte el bozal, querido. Hoy seré yo la que te dé por el culo.

Y en la casa de al lado:

—Haz el favor de pedirle más mierda a las criadas.

Y no pasaron tres cuerdas hasta que:

—Creo que voy a comprar otros dos niños.

Entre vítores de encuentros privados, rituales inciertos y orgías selectas, recorrimos la noche del viernes hasta una verja noble y negra cuyo membrete citaba el *QUIS CUSTODIET IPSOS CUSTODES*⁷.

Pasamos de largo como extraños en su tierra, para tomar una senda que cercaba el terreno hasta una vereda de atrás. Utilizamos las capas para salvar las púas hirientes del cercado, y a tientas nos escurrimos entre setos y arbustos, cerciorándonos de que allí no había nadie. Las ventanas silentes, la cocina vacía, una puerta cerrada a cal y canto; todos estaban en el velatorio.

La Bruixa utilizó sus ganzúas para hacer saltar la portezuela del servicio. El interior de la vivienda nos olía a vetusto.

—Ojalá también arda en la víspera.

—Calla, que nos van a oír.

Surcamos pasillos de paredes adornadas, tabiques sobre suelos de madera lustre atiborrados de lienzos heredados.

—Son una rémora —seguía quejándose mi compañero—. Ninguno se salva.

Los habitantes aprovechaban los espacios vacíos para exhibir figurillas y regalos polífticos.

—Fíjate, ¡todo nuevo!

—Postureo del finolis, pero aquí no hay nada.

—¡Bingo!

Llegamos a un despacho coronado por candelabros, repleto de estanterías con libros hasta la repisa. El piso tampoco se salvaba: un escritorio de piedra rematado con mármol, dos sillones tapizados en terciopelo pardo, un cirio pascual usado sobre un pie de plata, una alfombra de seda con motivos griegos.

—Son Eris y Thanatos...

⁷ Trad. Latino, aforismo: ¿Quién vigila a nuestros vigilantes?

Sobre un diván colgaba el retrato de Isabel Tercera, flanqueado por un marco barroco chapado en pan de oro, junto a un jarrón Ming del que nacía una buganvilia.

—El colmo de la horterada —comenté.

Escrutaba un juego de plumas cuando escuché un cajón abrirse. Alguien, medité, se había visto en la tesitura de cargar hasta allí un archivo metálico de ominosas proporciones. Los dedos de mi compañero bucearon en carpetas guardadas, y pronto cantó bingo otra vez.

—¡Bingo otra vez!

La Bruixa portaba un fajo de contratos por firmar.

—¿Qué te parece si guardamos las formas?

—Hemos venido a jugar.

—Exacto; no a jugárnosla.

Cada folio narraba una política por considerar, directrices en el intersticio de la legalidad plagadas de notas con distintas caligrafías.

—Por esto cobran los asesores políticos, Jonás. Tú y yo partiéndonos la espalda por un titular y a esta ralea le basta con poner los peros.

—Mira —leía—: consideraciones básicas sobre la rehabilitación sumaria del sistema de cloacas. Corolario al empoderamiento de los casales falleros. Gestión eficiente de las carpas. Nueva política de permisos públicos para el uso de espacios derruidos...

Mis dedos se paseaban por el escritorio mientras me lo contaba, hasta que tomé un pañuelo de tul y estiré, y la tela arrugada escurrió de sus entrañas un bulto. Era un tarro para los tubos neumáticos. Mi compañero dio un respingo y sus tesoros terminaron esparcidos por doquier. Dos segundos de silencio, y luego pasos crujientes que se acercaban a vernos.

El corazón nos dió un vuelco. Las piezas del rompecabezas que era el suelo, las formas turbulentas y geométricas de cortes arabescos, comenzaron a moverse en mi imaginación; una espiral que turbaba el caminar de un tercer cuerpo hacia nuestra posición. El ruido convergente avanzaba hasta mi encéfalo, curvaba el sentido sobrio que suelo aplicar a la razón. El tañido de tacones sincopados con el golpe de unas puntas de unos pies de camino al inframundo; que eso lo sostuviera una consciencia aviesa que sabía de nosotros; que fuésemos incapaces de advertir un polizón presente en aquella travesía. Me recuerdo pequeño, diminuto, ensombrecido por la pericia de un cazador con más astucia.

—¡Espabila! —me gritó Labruixa.

Entonces respiré. Abrimos la ventana; nuestros dedos escurriéndose por el sudor. Conforme cumplíamos con la gesta, siempre hacia arriba, la lama erecta poco a poco llegando al marco superior, el tercer visitante aceleraba su caminar de sicario.

Y lo último que recuerdo es un aguijón; la punta de un arpón asomando por el marco de la puerta justo antes de lanzarme a un abeto y salir de allí sin pensar en quién cubriría mi espalda.

El campanario anunciaba el inicio del primer día de marzo. La madrugada nos sirvió para explorar el cilindro de vacío. Desenroscamos el tarro y depusimos su contenido. Sobre la mesa, una cinta postal a modo de sello y una nota escrita en código cirílico. Tardamos una hora en intuir la relación entre sus caracteres y nuestro alfabeto latino.

—Apreciado Don —se dirigía el concejal de Bienestar Gremial al de Asuntos Infernos. La Bruixa leía en voz baja por directriz mía.

»He venido a saber que prepara la ordenanza cuarenta y nueve con más premura que de costumbre. Válgale saber que aquí también hacemos lo nuestro. Todos los ministerios locales...

—Jodido ególatra. Los llama ministerios.

—...Todos los ministerios locales comenzamos a entender que ratoides y enanos empiezan a suponer un problema de orden público. Los tiempos cambian y la violencia no puede verse tomada como moneda de canje.

»Anoche el sabio Llambert vino hasta mi morada. Lleva semanas trabajando en un brebaje que, administrado en las proporciones correctas, transforma a los sujetos en criaturas pacíficas. Me gustaría pensar que, en la discreción de nuestros encuentros, podremos considerar el tema. Una ligera merma de la producción es un precio razonable a cambio de la paz social.

»Le ruego me emplace sin más dilación para aclarar el tamaño de la partida que le solicitaremos. Es menester adquirir la solución sin despertar la sospecha de las arcas públicas.

»Se despide cordialmente Un Capullo Arrogante —decoró mi compañero.

—Genial, ha firmado con su nombre de verdad.

—¿Qué piensas de todo esto?

—Más leña al fuego, Labu. Estaba claro que tu opinión ácida no era la única prueba.

»Deja eso, ¿quieres?

Depuso el revólver, de vuelta a la repisa.

—Abracadabra, bang, bang.

Las exequias al difunto culminaron con un homenaje en la playa. A esto siguieron protestas, amenazas y pintadas. Elfos y humanos pulularon junto a un puñado de individuos de otras razas, la voz en grito sujetando pancartas. EL ORDEN ES LA LEY Y LA LEY ES EL ORDEN, se leía. Fueron días incómodos, de tensa calma entre locales y visitantes, razas nobles y comunas estigmatizadas. Ahora recuerdo ciertas palabras como un epitafio a nuestra desgracia:

—Ya saber yo que esto pasar —comentaba Aglabuglu el pescadero. Hacía cuanto podía por que yo le entendiese—. Ustedes también saber. Periodistas saber todo.

—Casi todo —contesté—. Si esto es pescado fresco es algo que sabré luego.

—Usted creerse gracioso —dijo entregándome las clóchinas—, pero gúndam estar con enanos. Para ustedes, nosotros hombres-pescado. Para nosotros, ustedes hombres-trabajo. Si ustedes no querer, nosotros no trabajar.

Y era cierto. Ya emigrados del Perú y humillados por las mafias, su talento con las branquias estaba a punto ser mermado por las políticas que nos llegaban de la Liga Europea. En un par de meses, los guardacostas estarían imponiéndoles cuotas por pescar en aguas poco profundas, lo que no parecía necesario si uno empleaba batiscafo.

—Yo no dinero para batiscafo. Yo quedar más pobre aún. Usted dinero, sí.

—No hombre, no. Yo periodista, pobre de solemnidad, chupatintas perpetuo. Yo escribir lo que otros querer leer; lameculos sempiterno.

—No burlarse de mí, Señor.

—Te quiero, Agla, te quiero más de lo que imaginas.

—Solo quedar alquilar habitaciones para turistas —lamentó.

—Hablando de mojarse... ¿Viste lo que le hicieron a Herminia?

—Alemanes borrachos hijos de perra. Ingleses borrachos hijos de perra.

—No, hombre, no, no metas en esto a las perras.

Estos últimos meses he ido a correr al río, cauce viejo arriba para volver andando desde Campanar hasta el Canyon del Miguete. Luchando por mantener digno mi cuerpo sudoroso y enclenque, me cuesta olvidar quién levantó las murallas, irguió el Miguete y vació la cuenca baja del Turia para salvarnos de las violentas riadas:

—¡Los enanos!—, escuché entre una pelea de bar. Se acercaban Las Fiestas, y el ambiente caldeado por la rumorología que alimenta el periodismo daba paso a los prejuicios.

Aquella tarde volvió Antolí a verme y matizó lo dicho:

—...con los cerebros ajenos.

Tiró sobre la mesa una fotografía. Dos siluetas se confundían con la textura de un muro.

—Rodentes.

—Ratoides, ¡y algo más!

En una de las esquinas distinguí la forma corpulenta de un enano.

—Anteayer tomaron un cargamento de armas. Echamos de menos setenta y tres revólvers.

—No sabría decirte, con exactitud, qué es lo que estoy viendo.

—El grandullón está difuminado, sí. Nuestro fotógrafo usó un par de lentes. En condiciones de baja luminosidad las estenopeicas son insuficientes. ¡Pero los ratoides están claros!

—Como el agua. Esto traerá más revuelo.

—Como veas. Si no lo publicas tomaremos nuestras propias medidas. Hemos comprado una imprenta. Tenemos un dirigible para regar la ciudad con panfletos. Ermengol no va a tolerar la injerencia extranjera.

—¿Qué?

—Los uniformes, Jonás.

Volví a mirar la imagen. En efecto, sólo los empleados de Windmill usaban esas gorras de visera.

Sobre la mesa descansaban nuestras crónicas, aunque la foto era exclusiva en la editorial de La Gaceta, firmada por Miquel Marjal.

—No habría problema en haberlo compartido.

—Ninguno, salvo mi despido.

»¿Quiénes preparan esto?

La Bruixa se empapaba de horchata mirando el editorial, que trataba el conflicto.

—El otro día me entrevisté con Diocles —dijo—. No pudo más que felicitarse por haberle dado la patada al británico. Ni un permiso público para su exhibición de molinos.

—¿Y si fuimos nosotros quienes lo provocamos? Lo que publicamos, lo que la gente entiende...

—Asesino es el que mata, Jonás. Cuesta fiarse de los enemigos políticos. La Pérfida Albión siempre está al acecho.

Me recosté en el asiento de la cafetería. Empezaban a decorar los lindes de la catedral. Una banda sonaba de fondo, haciendo de cohorte a un puñado de falleras que desfilaba con sus trajes burgueses.

—El otro día el pescadero me dijo lo mismo.

—Tu pescadero, ¿un asesino?

—No. Mi pescadero *entender que razas enfrentarse*.

—Ya veo por dónde vas. Los decretos de pesca no tienen nada que ver con la carnaza que precede a una guerra.

—Lo dudo, Labu. Tengo la impresión de que ignoramos lo esencial.

El elfo rio mientras pagaba otra vez la cuenta.

—No te agobies. Tratar bien al prójimo nunca ha sido deporte nacional. Da igual qué raza.

Un rodente ataviado con un traje de alquiler iba por las mesas pidiendo limosna.

—*Qui bono*⁸, que decían los romanos.

Los hechos cayeron como un témpano.

—A los orcos no, desde luego.

—Ni a estos —dije apuntando al mendigo.

—Y a los enanos, ni te cuento.

—Los gúndam se llevan lo mejor de la peor parte.

Labruixa asintió con la cabeza.

Camino a través del Mercado Central, caímos en la cuenta de que la herrumbre que sostenía el edificio no cobijaba más que humanos felices y elfos contentos, razas pudientes al margen de las excluidas.

—El Former Empire⁹ pretende desestabilizarnos.

—Es una hipótesis considerable. O gente como Ermengol, Alfenich, Tarambana... Han estado presionando. ¡O los mismos gobernantes! ¿Qué imbécil se fía de lo que diga un político?

—En ese caso, malditas sean las buenas intenciones; que luchar contra un mal está engendrando otro.

—*Cúidense quienes luchan con monstruos de no convertirse en uno.*

Y se hizo el silencio.

—Los orcos, amigo. Esto ya pasó.

Entre sospechas infundadas y exégesis conspiratorias terminamos en la biblioteca central, junto a Guillem de Castro. Los estudiantes de las familias de bien abandonaban sus libros de derecho y medicina para observar nuestras ropas.

—Saben que somos pobres —le dije a La Bruixa.

—De solemnidad, pero ayúdame con el libro.

La historia de la Peste Necia estaba encuadrada en piel de cordero. Un voluminoso lastre recogía el archivo del Taronja en la década anterior. Diez años de crónicas sobre un exilio anunciado. Hacía meses que nadie sabía de Fort Orc, en Pico Caroché.

—Hace ocho meses que cesaron las comunicaciones. A La Gaceta no llega ni un teletipo.

⁸ Trad. Latino, aforismo: ¿A quién beneficia?

⁹ Aclaración: alusión al Imperio Pretérito (en Inglés, *Former Empire*) Británico, deseo subjetivo del personaje.

La Bruixa inspeccionaba volúmenes de carácter médico, facsímiles del Medio Evo en tonos rojizos. La Enciclopedia Médica de Cajal parecía más actualizada, pero ignoraba deliberadamente hablar de La Peste.

—Entrena la avaricia —leía mi compañero—. El germen de la enfermedad vuelve a su servidor ciego al dolor ajeno.

—Significa que te vuelves un capullo arrogante.

—¿Que no será que estamos contagiados? Una epidemia del espíritu de nuestros tiempos.

—Se dice *zeitgeist*, en alemán.

—Mira que eres pedante, Jonás.

—Dame.

Le agarré el ejemplar editado por París-Valencia.

—Vaya nombre para una editorial —apostillé.

—Estás picado porque no te publicaron.

—No digas tonterías. ¿Has visto estas tapas? La encuaderna...

Reparé en el sobre que guardaba la tarjeta de préstamos. Adherido a la parte anterior de la contraportada, el pliego de papel custodiaba un registro de lectores pretéritos; aquellos cuya urgencia les había movido a llevárselo a casa.

Doce años atrás, Llorenç Llambert figuraba.

—Eso fue antes de La Peste... —colegí; la Peste que sirvió de excusa para un exilio.

Alguien chistó dos mesas por detrás.

—Si vais a hacer de *lumpen*¹⁰, mejor fuera —nos espetó en voz baja un niño pijo del barrio Germanías. Entonces vi a La Bruixa gesticulando; hacían con un puño cerrado, como que giraba un molinillo, mientras con el otro al lado iba levantándole el dedo corazón.

No tardó en llegar una señora embutida en una faja, de unos cincuenta y con piel de lagarto.

—Irozzz de aquí muchachozzz zi no quereizzz que iiiame al trazzzgo.

—¡Animal de sangre fría!

—Labu...

¹⁰ Trad. Alemán: harapo, referencia de Karl Marx a los pobres contentos con serlo.

Luchamos con tinta por poder publicarlo, pero nuestros artículos parecían no cumplir con el canon.

—Vamos a ver, chaval... Me estás diciendo... que un mago, un consejero... un alto cargo desaparecido... —repasaba Marjal con sus puntos suspensivos—, es, probablemente, quizás, alguien que se adelantó... al tema de La Plaga. El tema...

—No está del todo claro, ¿pero no le parece sospechoso?

—Claro que sí, chaval, tan sospechoso como especulativo.

Salí de la redacción con el espíritu encogido, zurcido por los envites de los redactores financieros que hacían mofa de mí. En la Bolsa de Madrid, asistentes con traje nacarado picaban y picaban tarjetas perforadas, con las hadas obedientes llevando de un lado a otro los encargos sobre las acciones. Comprar y vender era una aritmética más exacta que el escrutinio ocioso de las conspiraciones. Los profanos periodistas, que no habíamos saltado de otra carrera a la imprenta, no teníamos más que repetir o inventar; reducido era el espacio para analizar datos. En los corrillos nos conocían como *los tontos por encargo*.

Sintiéndome vulnerable, aquella misma tarde fui hasta la English Cut, sastrería fundada por un venerable anciano de ascendencia merovingia, de recatadas formas e insultantes fondos. Tras una tarde entera con el ceño fruncido, me hice con un opulento chaleco de cuero reforzado.

—Ahora ya no soy pobre, ¿lo ve?

—A decir verdad, le queda bien.

—A decir verdad, cuentan las apariencias. Ustedes y su dinero y sus ganas de parecer alguien. ¿Cree que así encontraré trabajo, o ya parezco un funcionario?

La moza elfa no supo cómo tramitar mi enfado.

—Olvídalo, no va contigo. Hablaremos cuando encuentres un revólver y podamos jugar a matarnos —dije hurgando en la cartera.

»¿Cuánto es?

El catorce de marzo, La Bruixa partió hacia Fort Orc en un semental alquilado. En su muslo distinguí la marca ígnea de Goldarth el ganadero, tan gigante como hacendado, heredero de los antiguos centauros. Los comerciantes de alhajas habían emigrado, y todo cuanto le quedó fue una suerte de aranceles contra Asia y animales en subastas, que compró para prestarlos.

—Los hombres-caballo largo tiempo no traer sal del Báltico —decía el depauperado Aglabuglu sirviéndome unas sardinas.

Y lo dijo justo antes de que un tumulto de incívicos comenzase a armar jaleo al otro lado de la Calle de la Reina.

—¡No queremos fascistas frente a la biblioteca!

Enanos juvenzanos amenazaban a un duque, que había parado el carro sobre la acera para comprar rapé en un decrepito estanco. El opulento burgués los miraba risueño desde su asiento alto, flanqueado por mestizos orcomanos. Su sirvienta, una elfilla, sería quien se aventurase a pisar la calle para cumplir con el recado.

Aquella misma noche, al ponerse el sol, subí a la azotea por los fuegos artificiales. Con tiento, me senté en una techumbre sobre el modesto ático de Vicent, y abrí una lata de pulpo *a freira* mientras estallaban los petardos. Los colores arcanos pintaban de ilusión los tejados chapados; lustraban el cobre escondido entre tinieblas, haciéndolo mágico.

—*Ja funciona*¹¹.

—¿El qué?

—La caldera.

—Vaya, gracias hombre.

La voz del portero llegaba desde el distribuidor postal. El craqueo de cohetes estallando se confundía con el ritmo de sus brazos trabajando; abriendo las gavetas, dejando caer los tarros engomados hasta sus respectivas puertas.

—¿Algo para mí?

—Hoy nada.

Seguí con la vista las cañerías sanguinas; serpientes rellenas de vacío que brillaban al compás del espectáculo, repartiendo mensajes. Pasadas unas manzanas, las víboras cobrizas se escondían en el suelo, y las imaginé paseando bajo fincas de edificios apretados

¹¹ Trad. Valenciano: Ya funciona.

hasta la central de Correos, en la Plaza del Ayuntamiento. Allí otro racimo hacía tiempo que yacía extinto: desde Fort Orc, al oeste, no llegaban las noticias, y sospeché que el ejército hubiese tomado cartas en el asunto.

—*S'han deixat els diners, tú*¹².

El momento final fue apoteósico. Mi fantasía llegó a temer que alcanzasen algún dirigible en dirección a Manises.

—Sí, Vicent, no como otros... Al menos la pólvora sirve para algo —ironicé sin que me entendiese.

—*Per donar-li a l'Ermengol els estalvis que guardo.*¹³

—¿No se dice *guarde*?

El portero agitó la cabeza, confuso.

—Perdona Vicent, mi osadía.

—En mi pueblo se *dise* así.

Me escurrí los bolsillos y miré hacia el sur. En algún lugar de La Punta los enanos estarían contemplando también el espectáculo, y a tenor de nuestro *zeitgeist*, su pobreza, me pregunté si sentirían la fiesta como propia o ajena.

—Oye, *nen*¹⁴. ¿Tú estuviste el otro día también en el tejado?

—No, creo que no.

—Porque sentí pim, pam, pum, matraca, y era la caldera que se había aflojado otra vez. Toda la cañería vacía y el agua *anant-se*¹⁵ por el aguadero. Y por la caña llegaban las voces de las vecinas cuchicheando, mimimimimí.

—No fui yo, no.

Lejos, en el puerto, la bocina de un barco marcó una nota uniforme; el agudo quejido de una garganta inmensa de hierro. Ambos miramos a través de un mar de azoteas. Como cada año, las chimeneas en penumbra del astillero Alfinach-Poirot anunciaban al equipo de tierra que preparase los amarres. Pronto el dique que lo protegía se convertiría en una plataforma para disparar más munición gráfica, pólvora extranjera queriendo competir con nuestra insigne casta de pirotécnicos.

¹² Trad. Valenciano, coloquial: Se han dejado el dinero, tú.

¹³ Trad. Valenciano: Para darle a Ermengol los ahorros que guardo.

¹⁴ Trad. Valenciano: Niño.

¹⁵ Trad. Valenciano: Marchándose, perdiéndose.

Al mediodía siguiente tomé una tempobici y circulé más allá de La Rambla, sorteando montañas de muebles que los vecinos apilaban, esquivando turistas ávidos por capturar la algarabía con sus cámaras portátiles.

El cronómetro del manillar iba consumiendo una cinta plisada. Dos veces me vi en la tesitura de aparcarla y volver a comprar más de aquellas láminas combustibles. Las tiras de textil eran tragadas por el eje del manillar conforme pedaleaba. Los adinerados que moraban la Ciudadela de las Artes se jactaban de un desaliñado como yo; arrastrando aquel complejo mecanismo hasta una estación de guardia, cargando el manillar sobre un remolque, tirando hacia abajo para activar el cerrojo, y canjeando más cintas en un dispensador automático, mientras ellos se paseaban en carruajes horteras.

Llegué agotado al barrio obrero, un macizo de edificios apiñados como los dientes de un proletario, macilentos por la polución que les llegaba de las factorías cercanas. Desde pequeño fantaseaba con la idea de que no eran más que fachadas de un teatrillo, casas modestas en las que no viven pobres, un decorado burgués dispuesto para el vodevil. Si alguien hubiese mirado detrás, deseaba, se habría dado cuenta de que en lugar de piso, salones y cocinas no había más que refuerzos de madera manteniendo la escenografía. Pero la pobreza era real, real como los niños que encontré, pidiéndome limosna para comprar pegamento.

—¿Alguna vez te lo has montado con una enana, guapo?

—Guapo no, guapérrimo.

—Lo que tú digas, flaco. ¿Te hace?

—Busco a la familia De'Krull, si es tan amable.

La mujer, corpulenta y lozana, embutida en un corpiño que dejaba poco a la imaginación, hizo una mueca de rechazo.

—Si no has venido a montarnos, vete o llamo al *diplomático*.

Su proxeneta estaría probando tequilas, porque no lo vi. Otras fulanas nos miraban desde las balconadas, comentando la estructura muscular de mis nalgas a tenor del trabajo realizado en bicicleta, así que bajé el tono de mi voz por no remover conciencias:

—¿Qué tal si le ponemos un precio?

Por lo que cuesta un puñado de opio chino llegué hasta una finca cerca de un descampado. La calle olía a ratas y estaba llena de borrachos. Del callejón paralelo nacía el jolgorio de docenas de lupanares, con sus pianos automáticos y profilácticos a precio de saldo.

Un estruendo surgió de un remolque desprovisto de caballos. El temblor y el ruido me alcanzaron al unísono, y pude ver cómo el rumor se transmitía a través de una manguera que entraba en la casa más vieja. Del transporte emergió una gnomo risueña enfundada en un trajecillo de felpa.

—¡Ahora, Pertegás!

Pronto otros gnomos saltaron de una carreta abierta. La calle se pobló con una algarabía propia de una operación milimétrica, y de la casa surtió una servoarmadura con chimeneas en la cabeza. Las volutas de vapor pintaron con agua la fachada polvorienta. Dentro de aquel ingenio, otro personajillo manejaba unas palancas mientras su compañera agitaba una bandera.

—¡A la izquierda, izquierda!

El gnomo-servoarmadura cargaba gran cantidad de artículos, quincalla brillante que podrían revender.

—Disculpe, Señor... ita.

—Dana Pang-Mei San-Huang, a su servicio.

La mujer hizo un gesto y todos, menos el infernal traqueteo, se detuvieron.

—Busco a Tadeo De'Krull, de parte del ayuntamiento. He venido a hablar con la familia.

—¡Ja!

—¿Qué?

—¡Ja! Funsión pública siempre llega tarde. Los De'Krull marcharon con las protestas. Vendieron bienes y ahora viajan en un globo aerostático.

—No llegarán muy lejos. Ah, ¿quiere decir en un dirigible?

—El prinsipio es el mismo —y agitó la cabeza—. Ustedes humanos tan preocupados por forma... Nesesitan ver fondo. Fondo de las cosas. ¡Ja!

Me señaló el motor que dotaba de vapor a la servoarmadura. Era idéntico al que empujaba al tranvía.

—¿Le dijo antes de marcharse dónde iban?

—Muy lejos, Sudeste Asia, serca de mi familia. Meses de viaje. Cuando lleguen sus botas serán viejas.

—Reflejaré en mi acta lo de las botas. Es importante para las... subvenciones... que vienen.

—Claro, claro, pero ellos tener ya. No necesitar subvenciones. Ellos dinero.

Entonces me perdí. El papel se me escapaba de las manos.

—Espere, Doña Pang-Mei. ¿Qué quiere decir?

—Los niños. Los hijos del muerto tenían buena ropa. Botas, buenas botas. Chaqueta, buena chaqueta. Pantalones...

—...buenos pantalones.

—Exacto, ya tenían antes de vender todo esto a mi empresa. Pobres pero dinero. La viuda y los hijos, nueva vida. Nueva vida, ropa nueva. ¡Ja! Yo siempre nueva vida.

Danzó para mí, mostrando con sus gestos la pingüe calidad de su traje, pero yo ya estaba ausente. La mujer lo percibió y su faz cambió a un rostro más afable.

—Usted no trabaja para el Ayuntamiento.

—No, lo siento. Soy periodista de La Gaceta.

Esta vez no rio, pero sus ojos fruncidos me regalaron una mueca de entendimiento.

La jefa hizo un gesto con la mano, y un trabajador con cara de extasiado le tomó el relevo. Su opereta volvió a danzar, con la armadura cargando trastos y trastos.

—Quiero enseñarle algo...

El recibidor olía a viejo, las sábanas a rancio. Una cocinilla no distinguía su fin del inicio del comedor. Recorrimos un pasillo torcido hasta una ristra de escalones deformes hacia el segundo piso, y allí extrajo una varilla extensible con la que hizo descender, desde el techo, la escalerilla que nos subiría a la buhardilla.

La azotea regalaba una vista de la planicie; el sur de Valencia, plagado de fábricas donde antes había huertos que abarcaban desde el Garbí hasta l'Albufera.

—Antes todo esto era campo. Luego un bazar allí, otro allá, y hangares con encargos. Mi familia traía los misterios de Oriente. Yo ahora compro para llevármelo.

—Entiendo.

—Mucho ha cambiado. La pólvora manda aunque el vapor sea el amo. No es lugar para comerciantes honrados.

—Pero los nuestros... perdón, los de aquí, son honrados.

—¡Ja! Me temo que usted está equivocado. Su pueblo ha cambiado. Ya no consumen productos extraños. *Kilómetro cero*, lo llaman. La excusa sirvió para desplazarnos.

—Con todo, nos abastecemos. Es el logro de nuestros grandes empresarios.

—Tú lo has dicho, ¡ja! De los grandes empresarios. Vosotros ya no tenéis el Bálsamo del Tigre, la salsa secreta del Profesor Chop Su Hei, los remedios de Lao Tsé... y pronto fabricaréis vuestras locomotoras, más propensas a estallar que a correr. ¡Ja!

A lo lejos, el humo salía de la factoría bélica de Ermengol. Les habíamos robado el Secreto de la Pólvora.

—Bienvenidos humanos y elfos —asentía.

Y asentí yo también cuando recordé mi infancia: tenderetes con alhajas a escasos metros de la playa, joyas imbuidas con luces rutilantes, pequeños autómatas de latón enclaustrados en jaulas. Gnomos trayendo La Magia.

Sentí algo en la mano mientras me lo daba. Sonreía viéndome examinar el colgante, un cilindro dorado del tamaño de un meñique. Estaba rodeado de figuras danzantes, y a lo largo del tronco había una hoguera grabada rodeada de muebles.

—Un regalo.

—Vaya, muchísimas gracias.

—Gire la base en sentido horario si quiere que el mundo arda.

Obedecí, y por un instante las mesas y sillas comenzaron a subir y bajar mientras las criaturillas bailaban.

—Collar de la suerte.

No pude evitar recordar otros tiempos.

—Mi padre tenía uno de estos. Era comerciante y jamás se le olvidaba. El resto de tratantes lo reconocía, pero nadie más tenía idea de cómo funcionaba.

»Muchísimas gracias.

—Gracias a usted por encontrarme. Ahora odio Valensia un poco menos. ¡Ja!

Iba a cocinar más clóchinas cuando llegó un tarro a través del tubo neumático. Y decía: «No hay villanos en Fort Orc. Están todos bien. El alcalde no quiere que vuelvan. Guthuk, su líder, ha pedido audiencia con la Reina. Negocian retornar al Medio Oriente. Conocen a Antolí. Reúnete conmigo en el Pinar de la Playa. La Bruixa».

Tomé aire y busqué una pluma. La cánula a presión lanzó un chorrillo cuando quité la capucha, y tuve que limpiar la mesa antes de contestarle.

«Los enanos sufren lo mismo» escribí, y me detuve a dilucidar una mejor respuesta. «O algo así. La familia del terrorista cobró un soborno. O algo así. Las razas menores están condenadas. O algo así. No me fío de las paredes que oyen. A las ocho en la playa. Jonás».

Metí un sello con la dirección y la nota en el mismo tarro. Coloqué el paquete en el tubo neumático y accioné la palanca de envío. Un ruido sordo, y mi mensaje se esfumó entre las víboras de cobre hasta la central de Correos y Telégrafos frente al Ayuntamiento.

Excitado levanté la vista y allí estaba el revólver, esperando junto a la foto de mis progenitores muertos.

El tranvía me llevó más allá de La Punta. Recorrió un tumulto de factorías sin nombre envueltas en niebla parduzca. Los dominios de Ermengol habían unificado la ya de por sí apática monotonía de las fábricas. Y alejado de la civilización me recibió una estación solitaria. PINEDO, decía el cartel. Mis zapatos anunciaron que caminaba sobre arena. El crepúsculo cerraba el día de una Valencia humana, en la víspera del gran día de sus fiestas, animada por las mieses de renacimiento que brotan con cada primavera. De la distancia llegaba el rumor del jolgorio, la intranquila algarabía de gentes celebrando. Hoy estallarían casi todos los petardos, y mañana el pasado moriría devorado por flamas, contemplado por todos. La ciudad despertaría con las cenizas como testigo de que habían sido ejecutados sus chivos expiatorios, restos de madera carbonizada representando los demonios que viven de los propios recuerdos.

Ojalá, me dije, hubiese podido quemar yo a mis padres, como quien quema una mesa camilla o un estante vencido; no verles morir esperando a que el dirigible aterrizase. Ojalá fuesen las risas también para mí.

Palpé el collar, el cilindro de figuras danzantes, y recordé el fuego. Recordé los muebles ardiendo, la pintura despegándose de las lamas, los gritos agónicos en el aeropuerto, con el presente reduciendo a cenizas lo que fuimos para volver a empezar: comprar, usar, quemar; o nacer, vivir y arder. Nadie interrumpe la verdad que encierran las Fiestas del Fuego.

Cuando volví del ensueño, estaba girando la base del cilindro y la escena no paraba de moverse. La Bruixa esperaba al otro lado, tentando con sus botas el oleaje del Mar Mediterráneo.

—¡Labu! —llamé, y se giró despacio.

Sus ojos brillaron más y más conforme me acercaba.

—Allí no hay Plaga, Jonás. Allí no —dijo encendiendo un pitillo—. Eso es historia antigua.

—¿Fumas? —le dije mirando sus ojos perdidos.

—No fuiste tú quien dijo lo de quedar en la playa, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—Fuiste tú, ¿cierto? —le pregunté, y me regaló una sonrisa.

—Conozco tu letra, Jonás. Alguien escribió por nosotros —y dio una calada.

»No fumo, pero quería probarlo una vez en la vida.

Las olas, las olas meciéndonos el ánimo, empujando nuestras almas a encontrarse.

—Nos han tendido una trampa —sentenció, y en sus pupilas vigilantes vi reflejada una sombra viniendo desde poniente, recortada por el sol; sobre su cabeza, la forma insultante de las gorras de Windmill.

Me giré, y entonces le vi: Antolí caminaba con un arpón hidráulico en la mano, disfrazado. Un agujijón precedía a otros cuatro venablos de cobre. Un silbido creciente nos indicó que el aire comprimido retrasaba el percutor neumático. Entonces llegó el chasquido y supimos que estaba cargado.

—¿Piensas matar a los de tu sangre? —le inquirió Labruixa.

—Mi sangre es el dinero, muchacho.

—Y por supuesto esto no es rentable, nosotros no somos rentables —me apartó mi amigo elfo—. Rentable es expulsar al resto de zorros del gallinero.

—Por supuesto —dijo el asesino levantando el brazo.

—¿No te da vergüenza leer el correo? —añadió Labruixa.

»Corre, Jonás, corre —susurró tranquilo.

Mis pies se falcaron al suelo. Antolí apretó el gatillo. Sentí el viento cortado flanquearme. Recuerdo un mástil metálico atravesándome el pecho, pero era La Bruixa el que estaba herido.

Y me volví a mi amigo. Le vi los ojos sombríos. Trastabilló doliente y tropezó con un canto rodado. Cayó al suelo encharcado como un ancla de navío. Un palmo de agua le cubrió de súbito la frente, y tuve la certeza de que no temía ahogarse. Ya estaría muerto antes de que el torrente alcanzase sus pulmones. Nuestro parco idealismo, devorado por espíritus malignos. La sangre tintaba de burdeos el mar pardo. El vaivén de la marea pintando marzo de estío. Sus manos perdieron el rigor y comenzó la zozobra.

—Unas veces se gana, otras se pierde

La voz de Antolí me llega de lejos.

Escucho el compresor volver a cargar el arma. Un chasquido y el asesino quiere matar de nuevo. Intento morir de frente, pero una espina metálica se tuerce al contacto. El chaleco reforzado no ha evitado que penetre en el músculo. Arde como una brasa bajo la ropa.

Y suena de nuevo el compresor.

—Bonito disfraz —gimo con una rodilla clavada en la arena.

—¿Te gusta?

—Maldito embustero...

—Nada personal. Solo negocio —comenta mientras me desangro.

—Ven aquí. Mírame a los ojos, cabrón, mírame de cerca.

El elfo camina socarrón y ensombrecido, con el sol perfilando sus curvas. Intento levantarme, pero desfalezco deslumbrado.

—No te hagas el listo, listillo. Para ser el héroe bastaba con hacerme caso, y no más. Pero claro, tenías que hurgar en la herida, encontrar tu caso...

Vuelve a disparar, con inquina. El cuero se agrieta, y noto el intestino encajando el mensaje:

—Puedo hacerlo todo lo lento que quieras.

—Por... décadas... ¿verdad? —digo entre estertores.

—Llorenç hizo bien en dejarnos paso. Este trabajo no se hace por amor.

Y se ha despistado. Ahora su figura me tapa el sol de frente. Respiro todo lo hondo que me permite el esternón. Los hierros se clavan y soy consciente que va a volver a torturarme. Y le miro a los ojos.

—Gracias —le digo hecho un ovillo.

—Ermengol manda saludos.

Un último arpón se clava en mi vientre. El compresor vuelve a sonar, y ahora la sombra me evita la luz deslumbrante. La mirada de Antolí luce como de rojo sanguino; y en ella se refleja mi mano en un viaje hacia el zapato, unos dedos que hurgan en la pernera y suben por el pantalón. Saco el revólver conforme se me echa encima, pero para él es tarde y el cañón le besa la nuez.

¡Bang! Un disparo certero cercena su garganta.

Cae entre gorgojos mirando al cielo con terror. Sujeta su cuello como si fuese a salvarse; su rostro contemplando la infinitud del Cosmos.

—Buenas noches, psicópata.

No me importa lo que piense. Prescindo de su muerte. Me giro hacia La Bruixa y recuerdo el calendario. La luna nos viene por el Este. Mañana encontrarán tres cuerpos en la orilla. El juez que nos reciba pensará que fue el inglés, pero guardo un secreto para la policía.

Agarro el colgante; modelo que conozco. En él los muebles siguen bailando, arriba y abajo, mecidos por la hoguera imaginaria tallada en el metal. Las figuras silentes rodean el fuego, celebrando. Aprieto los extremos y entonces se abre. Un cilindro de baquelita gira en el interior. La pequeña aguja de diamante todavía no ha llegado hasta el final, y rasca más y más fuerte cuando empiezan los fuegos de artificio. La pólvora de Ermengol cava su propia tumba en mi grabadora.

Y hace frío, y me acomodo. Arrastro mis restos por la arena en busca de una butaca inexistente. Pronto caigo rendido ante la evidencia del burdeos que brota de mis entrañas. El mar me despide besándome en la frente. Gracias, Mediterráneo. Contemplo Valencia, a lo lejos. Disfruto del espectáculo. Mi alma bruñida refleja los ecos de esta guerra, luces en el cielo que no saben qué será de ellas mientras todo el mundo aplaude.